

MAALOUF, A. *El naufragio de las civilizaciones*

I

El autor hace un recorrido histórico de su Levante, del Levante de muchos; un recorrido a través del cual intenta irradiar el problema actual de Oriente Próximo al conjunto de la sociedad mundial. Pero también a la inversa, y cómo los problemas, digamos, occidentales se desplazaron en determinados momentos históricos a una zona muy concreta de la que el autor es originario. Sobre esta base, Maalouf no parte de una época concreta, sino que va trasladando, con cierto dominio de los tiempos, la problemática que podríamos llamar «levantina» hacia lugares de la propia zona geográfica o de otras partes del mundo pero que al fin y a la postre van a incidir en una suerte de hexágono en el que en cada uno de los ángulos va a situar un determinado Estado: Egipto, Siria, Irán, Iraq, Israel y Líbano. Estas naciones, aunque no son las únicas referidas, sí van a situar el centro de atención del autor. La pregunta que pretende trasladarse al lector es por qué ha sucedido —y sigue sucediendo en la actualidad— el desajuste civilizatorio, y qué influencia, negativa o positiva, ha tenido desde principios del siglo XX el llamado «Occidente». A tal fin, el autor sitúa la estrategia explicativa en varios frentes, orientales y occidentales, que, recíprocamente, se van alternando. Y es en este punto, con estas alternancias, donde se pueden apreciar los factores que entran en juego.

En la línea apuntada, desempeña un papel importantísimo la obscenidad del capitalismo que va a generar a nivel planetario —con mayor énfasis en Oriente Próximo—, un gran cúmulo de desigualdades. En este sentido, y tras el final de la Segunda Guerra Mundial, fueron las políticas del Reino Unido (con Churchill a la cabeza) las que provocaron un cambio en la deriva egipcia, y esta nación se "autoproclamó" como primer sacrificado de una desmedida occidentalización. No obstante, Egipto supo salir del atolladero en el que se encontraba y buscó la independencia, que la obtuvo, pero con un efecto nada deseado: el nacimiento —según el autor— del fundamentalismo que se trasladó, más tarde, a Irán. Nasser, en Egipto, no supo jugar bien sus bazas y tras su fallecimiento dejó un país fragmentado en todos los aspectos, incluido, obviamente, el religioso. Esta fragmentación propició una especie de diáspora en la zona en la que

determinados personajes iban a tomar posiciones de futuro: al principio unidos bajo un único frente, la República Árabe Unida liderada por Egipto. Sin embargo, esta unión no fraguó; más bien al contrario, fragmentó, todavía más si cabe, las políticas de los países implicados. Uno de los desencadenantes fue, sin lugar a dudas, la decepcionante actuación en la guerra de los seis días protagonizada por la RAU, lo que eclipsó a Egipto de todo protagonismo posterior y la desmembración de los países de la zona, algo que Occidente deseaba que ocurriese. El Líbano pasó a ser el punto de referencia, el país de acogida de Maalouf; país que durante un tiempo logró una gran prosperidad, principalmente, por el conjunto de culturas, ideas y religiones que consiguió albergar en un momento breve pero intenso y que el autor del libro relata con mucha añoranza. Esta situación, sin embargo, tenía el tiempo acotado, y Beirut se convirtió, poco después, en un auténtico nido de espías desde donde se fraguó una de las catarsis más tormentosa: el jomeinismo.

Paralelamente a estos acontecimientos y con las políticas neoliberales que se estaban consolidando, primero en Reino Unido con Margaret Thatcher, y, casi al unísono, en Estados Unidos en la era Reagan, todo ello conformó una nueva dimensión económica a nivel mundial. Ya no tanto se trataba de la conflagración larvada de la Guerra Fría, que también, sino la del rico cada vez más rico y la del pobre cada vez más pobre. Añádase a ello la primera gran crisis del petróleo, el aumento de precio del barril Brent y otros frentes abiertos de marcado cariz geográfico-estratégico como lo fue Afganistán y todo lo que ello trajo consigo hasta nuestros días.

Pero el monopolio crítico —dentro del recorrido que realiza el autor en su obra— no se centra en las zonas descritas. Efectivamente, la era Deng Xiaoping, arrastrada, indudablemente, por los cambios estructurales y económicos del gobierno de Londres, modificó, en muy poco tiempo, el semblante poblacional de China; país, por otro lado, que quiso, y lo consiguió, desasirse de las políticas sangrientas de Pol Pot, aunque ello fuera a costa de abrir un nuevo frente bélico en la zona. Europa, mientras tanto, no le iba a la zaga en materia de movimientos sociales y políticos; y en este sentido, Maalouf narra de manera sintética los acontecimientos del Mayo Francés, la Primavera de Praga y la repercusión económica como consecuencia de las políticas neoliberales y del aumento de los precios.

La invasión de la URSS en Afganistán propició un gran desgaste en las tropas soviéticas. La pasividad inicial de Estados Unidos en este frente abierto fue desconcertante, toda vez que desde las filas del Politburó se mantenía la firme convicción de la intervención armada estadounidense, cosa que no se produjo máxime cuando al ser

una zona muy próxima a Turquía con recientes bases de la OTAN instaladas en su territorio, no era procedente intervención alguna.

En realidad, y como recoge el autor, el mundo tras la Segunda Guerra Mundial experimentó una serie de cambios que a todas luces propiciaron movimientos a nivel internacional. Estos cambios todavía nos ofrecen sus consecuencias, a las que habría que añadir los efectos de la mundialización, cuyas resonancias están latentes, así como las consecuencias —mantiene en un *Epílogo* añadido por separado al texto inicial— de la terrible pandemia que asola a toda la humanidad.

II

La estructura del libro y, sobre todo, el contenido del mismo, enfrentan al lector a la hora de decidir sobre las dos cuestiones que deben ser comentadas: el traspaso de poder entre Carter y Reagan y lo que supuso no solo con la liberación de rehenes en la embajada de Teherán, sino también con las conexiones que derivaron de ello en el escándalo Irán-Gate o Irán-Contra; las matanzas perpetradas tras la Segunda Guerra Mundial en diferentes escenarios; las repercusiones como consecuencia de la masacre en Sabra y Chatila; etc. Con todo, y de las muchas cuestiones tratadas sí quisiera centrarme en el problema de la multiculturalidad y en la brecha entre ricos y pobres.

El autor de la obra que se comenta, al tratar la cuestión egipcia y del papel que desempeñó el carismático Nasser que, además de líder de su nación, se presentó al mundo como adalid de los derechos humanos por su tolerancia dentro de su espacio geográfico, no solo de extranjeros, sino también de multitud de etnias y religiones, chiitas y sunnitas incluidos además de judíos y cristianos ortodoxos, al tratar todo ello, decía, me recordó el caso de España, donde hubo una época, quizá la de mayor florecimiento, donde convivieron en armonía las tres culturas arraigadas en la península, y que el punto de inflexión, la religión romana, dio al traste con el progreso que se estaba experimentando. La expulsión llevada a cabo por Nasser de británicos, franceses y judíos (en su conjunto, los «*egipcianizados*»), echó por tierra el cosmopolitismo de Egipto. Pero no solo fue esto último lo que contribuyó al inicio del fin del paraíso egipcio, sino también el cambio en la política interna del carismático líder (al instaurar un partido único y amordazar a la prensa), así como la burocratización de la economía y la pretensión demagógica de un nacionalismo exacerbado. Como sostiene Maalouf, [*fue un error*] *enfrentar*

sistemáticamente los intereses y los principios... Con frecuencia, cuando un país traiciona sus valores, traiciona también sus intereses. Ante ello, esto es, ante la diáspora originada no fue de extrañar que algunas naciones se erigieran en "padres acogedores" y "bienintencionados" como así se mostró los Estados Unidos a la opinión pública. Sin embargo —y he ahí una de las nefastas repercusiones que desencadenó la dispersión poblacional extranjera que residía en Egipto—, fue el acogimiento de los "desplazados" (eufemismo este si lo consideramos con el cariz que este adjetivo alcanza en nuestros días) lo que propició el negativo efecto que tuvo en la región. Y este efecto solo admite un epíteto: resentimiento; resentimiento de los pueblos de acogida respecto de los acogidos, pero también desconfianza e incluso hostilidad. Los dirigentes de las naciones que recibieron a los desplazados no supieron ni ser visionarios ni, por supuesto, pragmáticos. Y actualmente tenemos las consecuencias, pues parece hoy una utopía que cristianos, musulmanes y judíos puedan convivir en armonía. ¿Qué futuro les aguarda a las personas refugiadas en el campamento jordano de Zaatari?; ¿se enquistará aún más?; ¿será el preludio de una nueva Palestina?

El otro punto a tratar es el relativo a la enorme diferencia, cada vez más dilatada, que se está abriendo entre los más favorecidos y los menos. La era Thatcher-Reagan supuso un antes y un después en el desarrollo económico de la humanidad; el ultraliberalismo que ambos mandatarios ejercieron en sus respectivos países y la extrapolación de su modelo a gran parte de los países industrializados, propició un cambio sustancial en el acontecer, sobre todo, de las políticas sociales. La defensa del orden económico y social, la minoración más que llamativa del intervencionismo estatal con lo que se propiciaba un *laissez faire* por parte de las fuerzas productivas (Reagan: *En esta crisis, el Estado no es la solución a nuestro problema: el Estado es el problema*), y el conservadurismo político en perjuicio de las izquierdas, arrumbaron, de una sola vez, el igualitarismo que devino absolutamente desvalorizado. Se podría cerrar, sin más, este comentario con un *contrafáctico*, no explícito pero sí deseado en el texto comentado: *¿Y si Reagan no les hubiera declarado la guerra al welfare state y a la mítica welfare queen?* Pero se debe continuar un poco más.

Es curioso cómo las políticas neoliberales repudian el intervencionismo estatal, pero también resulta muy llamativo cómo esas mismas políticas reclaman la presencia del Estado ante situaciones de crisis económica como la sufrida en el año 2008. Una crisis esta sobre la que lamentablemente no se puede entrar por el espacio asignado, pero todo lleva a pensar que se trató de una crisis querida, de "depuración" de clases sociales y de

división, si cabe aún más, entre ricos y pobres, hasta el extremo de que sociólogos y economistas están hablando ya de la paulatina desaparición de las clases medias. Es bien cierto que la mundialización (o globalización —aunque la disyuntiva aquí incluida no es la más adecuada porque son dos conceptos que quizá se complementen pero no evidencian, en absoluto, sinonimia alguna—) permite la aproximación "inmediata" de los seres humanos entre ellos, lo cual es magnífico; pero también, y con el conocimiento instantáneo de noticias y movimientos sociales, y ante los abusos que se están produciendo, puede llevar al fin de una era, quizá retratada con especial fortuna en el reciente y polémico film mexicano *Nuevo orden*, o en las magistrales novelas *Un mundo feliz* y *1984* de Aldous Huxley y George Orwell, respectivamente.

III

El recorrido que efectúa Maalouf en *El naufragio de las civilizaciones*, es tan amplio que cualquiera de los temas que conforman la asignatura tendría cabida en los escenarios que se presentan en la obra que se comenta. No obstante, se llevará a cabo una síntesis lo más acomodada posible a la extensión máxima de este trabajo.

El primer tema cumple, si se permite el atrevimiento, un *politemático* carácter histórico-conceptual, residual si acaso, pero de indudable conexión con la obra anotada. Si los rasgos del pensamiento histórico de la Ilustración se asientan en un desarrollo científico (Dilthey), y si muchos de los problemas que aquejan a la humanidad no son solucionados por estupidez, desidia o por ignorancia de muchos de los "doctores" (Bayle), con ello casi se llega a una de las preguntas que hoy nos podríamos plantear: ¿en manos de quién estamos? Pero se ha de seguir con el análisis, y este conduce, inexorablemente, a Voltaire quien pretendió fraguar en la conciencia de sus contemporáneos, y hasta en las nuestras, la idea de la tolerancia, de la que, evidentemente, parece que muchos se sustraen; y ello a pesar de los esfuerzos de Montesquieu por hacer ver que la concepción de la Historia ha de penetrar, prima facie, en las causas determinantes de las diferencias entre las distintas sociedades, lo cual, y sin duda, parecen pasar inadvertidas habida cuenta los acontecimientos ofrecidos desde entonces y arrostrados hasta la actualidad; no hay avatares de la fortuna, sino el buen caminar —como sostenía el Barón— de las colectividades.

El nacionalismo (aun sin el aire excesivamente patriótico que otrora mostrara Burke), por su parte, no debiera ser un obstáculo, si este es coherente y tiene como principal norte la lengua y la cultura máxime cuando se comparte un pasado común, pero sin las angosturas por la que se pretende hacer pasar al nacionalismo actual. La búsqueda de una racionalidad subyacente dentro del progreso, la intransigencia a aceptar el mal de la sociedad como algo injustificable, son extremos todos ellos que, en la filosofía de Herder (en la Filosofía de la Historia entendida como el estudio de la Humanidad), es donde se deben buscar las causas; el principio de causalidad histórico: *la humanidad no es un fin de la naturaleza humana que estuviese fuera de ella, sino que yace en ella misma*. Hoy lo humano parece estar fuera, en las multinacionales en las que prevalece la cuenta de resultados antes que el progreso del hombre en cuanto tal. Y el Hombre (que se autoconstruye y propone —Kant—), en cuanto idea, es el único capaz de una interpretación histórica de la filosofía con su sociabilidad (¿insociable sociabilidad?); un hombre este que ha de ser capaz de garantizar la «paz perpetua», pero que todavía está lejos, muy lejos de obtenerla, pese a los esfuerzos por conseguir una federación de Estados (tal y como propugnaba el propio Kant). No lo consiguió la República Árabe Unida. Europea, ahora, en su particular lucha por cohesionar una federación estable, se ve torpedeada constantemente tanto por Rusia como por los Estados Unidos, o lo fue, durante el mandato de Trump. La teorización histórica es necesaria, así como una lectura en profundidad de los hechos históricos; *quien mira racionalmente el mundo, lo ve racional*; es la manera en la que Hegel concebía la Filosofía de la Historia, en su *consideración pensante*. Pero parece que estamos alejados de este pensamiento, pues como sostiene Jacobo Muñoz que retoma la idea del propio Hegel, *debemos buscar en la historia un fin universal, el fin último del mundo, no un fin particular del espíritu subjetivo o del ánimo*. El planteamiento económico es una de las constantes del libro de Maalouf, y es, sin lugar a dudas, el problema actual al que se anticipó Marx al indicar que el modo de producción condiciona el proceso de la vida social, así como que hay que distinguir entre condiciones de producción y las formas, las religiosas, entre otras, leitmotiv de muchas de las perturbaciones que hoy asolan a la humanidad y que han sido tratadas, de manera exponencial, en el texto comentado.

El ensalzamiento de una utopía y un cierto aire desazonador (continuidad tras la modernidad), vienen a constituir la residual relación de la obra tratada con los temas segundo y tercero. Es indudable que formamos parte de una única humanidad (¿un deber ser?); lo es también que tanto la globalización como las nuevas tecnologías han

coadyuvado a potenciar la idea de *una nueva civilización a escala planetaria*. Sin embargo, ello se muestra imposible porque no cabe hablar tanto de "civilización" como de "civilizaciones". El ser humano rechaza a aquellos que no son sus semejantes, el antagonismo es patente, y tienden, tendemos, a recelarse porque, se quiera o no, el arraigo y una manera de vivir o una cultura les hace intolerantes. Cuando se traspasan fronteras, cuando se invaden formas o estatus de vida o cuando, simplemente, no se tiene en cuenta al «Otro», es cuando aparece el conflicto; y después de él, después del conflicto, es cuando nos preguntamos *¿qué ha sucedido para que la idea de humanidad haya caído en un olvido absoluto?* (Morán). Se constata una pérdida del sentido, del destino y del devenir de la humanidad; hay un claro fracaso por otorgar una finalidad a la Historia, un proyecto universal de emancipación, por lo que en palabras de Lyotard *el gran relato ha perdido su credibilidad*. Ello comporta que el ser humano viva en una especie de hiperrealidad, donde se da importancia a nimiedades, lo que imposibilita un horizonte de sentido (Baudrillard). ¿Es todo ello —se cuestiona Vattimo— el fin de la Historia?

De indudable relación con la obra de Maalouf, se presentan los temas cuarto y quinto, los cuales han de ser tratados al unísono no solo por el hecho de que los dos autores de referencia, Huntington y Fukuyama, fueran maestro y discípulo respectivamente, sino también, y lo que es más importante, por el tratamiento que cada uno ofrece de lo que ha de entenderse por «civilización». Las civilizaciones chocan entre sí, y ello es debido, como se ha apuntado más arriba, por multitud de razones de carácter cultura, idiomático, tradición, etc. Pero este extremo no es nuevo si se comprueba el acaecer histórico; como tampoco es nuevo que naciones con afinidades tiendan a apoyarse, tal y como ha ocurrido con los países que se desmarcaron de la Federación Rusa. Ahora bien, esto que sobre el papel se podría presentar como "confortador" no lo es tanto por cuanto una parte de la humanidad, Occidente, sigue marcando las pautas de la otra parte, el resto del mundo, y que el órgano mediador de los conflictos, la ONU, se encuentra encorsetada por su propia composición y reglamento de actuación como lo es uno de sus brazos ejecutivos, el Consejo de Seguridad y el derecho de veto tan estragador. El espíritu de dicha organización cuando vio la luz no era precisamente el de provocar dicho encorsetamiento que hace dividir a la humanidad, al menos, en dos bloques diferenciados. Pero esta conformación también se muestra como irreal, pues en puridad no existen dos partes diferenciadas, sino una conformada por países "permanentes" del Consejo y el resto; pero este resto se diversifica y de esta diversificación surge un bloque en apariencia muy compacto integrado por los países musulmanes; por otro lado estarían las naciones

africanas, América Latina y las orientales, de las que habría que exceptuar China y Japón así como aquellos Estados, también de Oriente, que han alcanzado un estatus económico independiente que les permite desenvolverse con cierta soltura en el plano internacional. Todo el conjunto anteriormente referenciado constituiría el estado actual o situacional al que alude Huntington. La propuesta de Fukuyama —que se considera antítesis de la de su maestro, de lo cual debe discreparse—, penetra más en la naturaleza económica de las diferencias. En el fondo, todo se viene a reconducir a lo mismo: la economía. Este autor parte de la cultura neoliberal y del optimismo reinante a nivel planetario cuando se desintegró la URSS, pues se constataba —se decía— que las políticas liberales habían "triunfado" frente al comunismo, y que era la panacea para su implantación internacional. Ello, incluso, llegó a plantearse como un «final de la Historia» (lo que hace recordar la expresión "término de la Historia" que la Ilustración intentó fraguar tras la Revolución Francesa). ¿Cuál es la realidad? Para Fukuyama, *solo el Islam ha presentado un Estado teocrático como alternativa tanto al liberalismo como al comunismo*. La otra alternativa, si cabe, es el «nacionalismo», y la interrogante que se plantea, o que nos debemos plantear, es qué ha cambiado desde que Hegel puso el final de la Historia en 1806. A todo ello debe añadirse la espiral en la que se ve envuelto el Tercer Mundo de la que no podrá salir porque al Occidente "opulento" no le interesa (una parte del mundo sería histórica y la otra ahistórica). ¿Civilizaciones? No lo parece, o al menos este es el parecer de Maalouf: *Lo que caracteriza a la humanidad actual no es una tendencia a agruparse dentro de conjuntos muy amplios, sino una propensión a la fragmentación, al fraccionamiento y, a menudo, a la violencia y a la acritud*.

Bobbio y Habermas constituyen el núcleo doctrinal del tema sexto. Ambos, es bien cierto, abordan cuestiones dispares, pero con un nexo común al que se hará alusión. El primero de los autores comienza cuestionándose si el tema filosófico puede entrar en el palenque de la discusión cuando la cuestión a enfrentar gira en torno de la guerra y si ello, además, tiene algún significado para la historia de la humanidad. ¿Es la amenaza de la guerra una manera de distensión? ¿Hay que renunciar a la libertad en evitación del aniquilamiento de la humanidad? La guerra escapa a nuestras posibilidades de control; pero la guerra, al mismo tiempo, *no pertenece a la esfera de la necesidad, sino de la posibilidad*. Bobbio se enfrenta a todo ello y sostiene: a) que *el Estado universal no producirá armas termonucleares por la sencilla razón de que ya no tendrá necesidad de ellas* (aunque —sostiene— se destruyan momentáneamente las armas más mortíferas, *por ello no devolverá al hombre la ignorancia en que se encontraba antes de su fabricación*;

b) lo que se debe modificar no es el Estado, sino las formas sociales que lo hacen necesario como aparato de cohesión interna y externa, es decir, como instrumento de dominio que ejercen unos cuantos sobre la mayoría; c) la guerra quedaría eliminada a costa de una servidumbre perpetua e irrevocable; d) un mayor incremento pedagógico, en la medida en que una mayor educación del hombre le hará mejor; y e) el hombre, pese a la evolución sufrida y los avances técnicos, *no conoce la meta última de la historia*. ¿En qué medida juega todo ello la "universalización" de los derechos humanos? Es este último punto el que Norberto Bobbio parece dejar muy abierto, y es donde debe enlazarse con las aportaciones de Habermas, punto de conexión anteriormente aludido. Efectivamente, Habermas parte de un criterio jurídico de defensa de tales derechos sobre la base de un "justicia internacional". Sin embargo, aquí se tropieza con no pocos inconvenientes; dos de ellos sí es prudente hacerlos resaltar. Por un lado, la utópica constitución de un Derecho penal internacional; utópico en tanto que Estados Unidos, uno de los países que de manera más sistemática incumple los acuerdos internacionales, no forma parte del tratado regulatorio de dicho Derecho; al igual que él otros países, por lo que difícilmente tendría acomodo una justicia a nivel mundial. Y, por otro lado, y no menos importante, la carencia de un elemento decisivo que hace que el derecho sea efectivo: la coactividad, pues esta, normalmente, es efectiva en el ámbito del derecho interno de cada país. Si a todo ello se une, como se ha dicho, la falaz estructura orgánico-ejecutiva de Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad, se tiene, se quiera o no, el terreno más que abonado para que, por intereses "unilaterales", cualquier intento de pacificar o neutralizar la conculcación de los derechos humanos se constituya en una auténtica quimera (léase, a título de mero ejemplo, el caso de Guinea Ecuatorial y la dictadura de Teodoro Obiang; no ha habido intervención porque este país posee una de las mayores reservas de petróleo del mundo)

IV

El libro de Maalouf *El naufragio de las civilizaciones*, es, en términos generales, una monografía de fácil comprensión, sobre todo para aquellos de los lectores que, en mayor o menor medida, han vivido los momentos históricos que en ellos se destacan, pues les va a hacer recordar con nostalgia, en unos casos, pero con tristeza en la mayoría de ellos, los momentos, escenas, participantes históricos... que se prodigaron, principalmente, tras la Segunda Guerra Mundial. No ocurrirá lo mismo, empero, con aquellas otras personas que no tuvieron conocimiento de los mismos o que por la edad no

los vivieron; para estos últimos el libro, para captarlo con toda profundidad, necesitarían acudir a fuentes que ampliaran los temas tratados.

Dicho lo anterior, la obra solo se puede analizar en su conjunto y reflexionado profundamente sobre ella. No es menos cierto, además, que se echa en falta un tratamiento del problema de Argelia, que se ignora casi completamente. En este punto —y no tanto con el embarazoso caso de la OAS y el Estado francés—, hubiera sido destacable siquiera un apunte por la situación que atraviesa este país desde finales de los años sesenta del pasado siglo y que tan magistralmente, en sus novelas, ha destacado Yasmina Khadra. Por otra parte, no hubiera sido de más resaltar qué o quién está detrás de los problemas del mundo árabe. Es bien cierto que está "insinuado", pero quizá debería haber hecho mención, solo mención, para que el lector acudiera a las fuentes imprescindibles. Me refiero al Club Bilderberg, auténtica fuerza oculta paraestatal donde se toman decisiones de afectación internacional, que incluyen desde la creación de conflictos bélicos en determinadas partes del mundo con el solo fin de "aligerar" las reservas de armas o para enfrentar a gobiernos y así instaurar dictaduras y asegurarse los suministros de oro, diamantes o coltán; tráfico de droga, de animales, o tráfico de seres humanos con fines de explotación sexual incluido los niños; farmacéuticas, entre otras "facetas". Los Informes Lugano, entre otros documentos, ofrecen pruebas irrefutables sobre el particular. ¿Dónde están los Cascos Azules; qué hace el Consejo de Seguridad de la ONU?

El autor enfatiza Egipto, pues es ahí donde sitúa el origen de "todos los males" que vinieron a desencadenar los acontecimientos vividos y sufridos con posterioridad. Sin embargo —y sin ánimo de jugar a ser historiador, que no lo soy—, quizá el foco de atención debiera situarse cincuenta años antes de los acontecimientos egipcios, en Turquía. Y ello porque, si bien, como sostiene Maalouf, los egipcios desaprovecharon una inmejorable posibilidad de integración "occidental", los turcos, mucho antes, no le fueron a la zaga, de lo cual se aprovecharon, principalmente, los países bálticos.

Otras zonas geográficas que, colateralmente, han sido tratadas muy superficialmente, han debido ser anotadas algo más para aproximarse a la problemática suscitada en el libro. No es que no lo hayan sido, pero entiendo que se hubieran merecido un más amplio espacio. Me refiero a zonas "muy calientes" como Latino América y el Continente Subsahariano.

Por último, y por lo que al aspecto formal se trata, el libro tiene un flashback constante, muy oportuno, pero que en algún punto lo hace reiterativo en los temas abordados. En algunos pasajes recuerda la pluma de Gabriel García Márquez, por la

inmediatez y los temas abordados telegráficamente como si se trataran de artículos de prensa. Es, a todas luces, un libro inacabado porque la conclusión es inexistente. La Historia no está, ni mucho menos, finalizada.